

Desiderata de las investigaciones acerca del humanismo español

Pedro Urbano GONZÁLEZ DE LA CALLE *

Excusen los oyentes la presencia “física” del autor de estas líneas, abrumado de años y de flaquezas, y reciban su respetuosa salutación. Una modesta, aunque ya antigua afición a los estudios referentes a la historia del humanismo español, nos ha permitido cosechar algunos humildes frutos, que quisiéramos saber ofrendar aquí. Consta de todas suertes que podremos

* En este país, don Pedro Urbano González de la Calle llegó al fin de su larga carrera docente, como maestro de lingüística indoeuropea en la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad, y de sánscrito en El Colegio de México. Antes profesó Latín en Salamanca y, durante la contienda civil española, enseñó en Barcelona. Después de su salida de España y antes de su llegada a México, colaboró estrechamente con el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, de lo que dan fe sus múltiples aportaciones al *Boletín* de ese Instituto y su traducción de la *Historia de la literatura latina* de F. Leo. En 1923 se había editado en Madrid su traducción, con introducción y notas, de la *Lingüística indoeuropea* de R. Meringer. No obstante su sabiduría, don Pedro era un hombre modesto, y se distinguía también por su prurito en el detalle, que lo llevaba a expurgar de erratas, antes de la lectura propiamente dicha, los textos a los que acudía en su labor científica; costumbre que, vaya como anécdota, en ocasión remota le hizo reparar, con asombro que siempre conservó, que obra tan densa, como la monumental *Altindische Grammatik* de J. Wackernagel tenía sólo dos erratas que, comunicadas que fueron al autor, éste corrigió a la primera oportunidad editorial. La conferencia que hoy se publica fue leída en la Facultad de Filosofía y Letras el día 17 de octubre de 1960, por la señorita Leticia Fregoso, alumna entonces de don Pedro; su manuscrito fue entregado por el maestro como colaboración para una revista que los estudiantes de letras clásicas de ese tiempo tuvimos el proyecto, no llevado a cabo, de sacar a la luz. Sin duda alguna, este texto como su *Quevedo* y los *Dos Sénecas*, son buen ejemplo de la afición y competencia de su autor por el humanismo español.

(Carlos M. BRIZUELA RUIZ)

aportar a las labores universitarias más dudas que aseveraciones incontrovertibles, requiriendo con las primeras la asistencia de nuestros oyentes y censores, y demandando para las segundas una severa comprobación de todos los estudios. Si el acierto acompañara a nuestro esfuerzo, insistiríamos en la labor que ahora volvemos a iniciar; en el supuesto contrario, que salve la intención las deficiencias de nuestra obra y que ésta sea en definitiva ejecutada por profesionales más capaces que el autor de las líneas que estáis oyendo. Y huelgan otras más especificadas excusas en quien como yo necesita y requiere cordialmente la benevolencia de cuantos le escuchan.

Entremos, pues, ya en materia. ¿Han sido trazadas hasta el momento presente alguna vez las cardinales directivas siquiera del movimiento humanístico hispano? ¿Es incluso admitida unánimemente como una realidad ideal indiscutible la existencia del humanismo español en los siglos xv y siguientes hasta el actual? Y en el caso —improbable— de que las dos preguntas precedentes obtengan y merezcan contestaciones afirmativas, ¿se está ya en la ruta que ha de llevar al conocimiento circunstanciado, minucioso y profundo de los principales humanistas españoles de las indicadas centurias? Reconocerán cuantos nos acompañen en la inquietud que esas interrogaciones revelan que será necesario disipar tales dudas, para orientar y desplegar nuestro esfuerzo en la obligada continuidad con los trabajos similares de nuestros predecesores. No comienza ciertamente con nosotros y en este momento la investigación concerniente a los orígenes y caracteres del humanismo español. Pues bien, reconocida la necesidad y la pertinencia de formular las preguntas ya expresadas, veamos de obtener las congruentes contestaciones con la objetividad siempre apetecible. Y esas contestaciones son. . . verdaderamente desoladoras.

La historia del humanismo español está por trazar, y la propia existencia del humanismo hispano ha sido discutida, cuando no desdeñosamente olvidada, o preterida en algunas exposiciones modernas muy consultadas por los estudiosos de la historia de filología clásica. Los nombres de Ulrichs, Gudemann, Immisch y Sandys bastarán como dolorosos “specimina” de las

omisiones aludidas. Y no se nos arguya que, en cambio, Menéndez y Pelayo y Bonilla San Martín principalmente han concedido a la evocación de los humanistas hispanos fructuosas y largas vigiliias y deferentísima atención. El glorioso maestro y el ilustre discípulo, famoso maestro a su vez también, han consagrado, es cierto, a los estudios del humanismo hispano serias y numerosas investigaciones, mas no creemos pecar de injustos con esos insignes doctos, afirmando que ninguno de ellos ha trazado la cardinal y característica trayectoria, seguida por los principales humanistas españoles de los siglos más fecundos y gloriosos de nuestra tradición erudita.

El maestro Menéndez y Pelayo tuvo harto que hacer con orientar la crítica literaria por derroteros sólidamente científicos, y el maestro Bonilla San Martín, especialmente capacitado y preparado para historiar el humanismo español, hubo de esparcir su actividad fecunda por múltiples campos de la investigación erudita, sin que su prematura muerte le consintiera recoger la mies copiosa que de tan alto espíritu era lícito esperar. Que ambos mencionados maestros pudieran acaso mejor que muchos, o que ninguno de sus contemporáneos, realizar la labor, cuya carencia hoy lamentamos, en la esfera de la tradición humanística hispana, parecerá incuestionable a cuantos tuvieron la dicha de conocer y admirar a tan preclaros varones; mas que esa indiscutida posibilidad no cuajó en realidades plenamente satisfactorias resultará también notorio a cuantos se hallen un tanto familiarizados con la Literatura Científica española de los dos últimos siglos. Claro es, que ni Menéndez y Pelayo, ni Bonilla San Martín han escrito la historia íntegra del humanismo español, pero, en cambio, ambos maestros han trazado capítulos, bosquejos y apuntes interesantísimos de semejante historia. Y en la *Historia de las ideas estéticas*, y en la de los *Heterodoxos*, y en la *Ciencia española*, y en la *Bibliografía hispano latino clásica*, y en *Horacio en España*, de una parte, así como en las monografías de Luis Vives y Fernando de Córdoba, y en las "Epistulae obscurorum virorum" de la otra (para no citar más que las producciones por todos consultadas y de todos conocidas), hallaremos siempre

conceptos y datos que merecerán atenta consideración, hasta cuando deban ser rectificadas, o admitidos con todo género de reservas.

Y citados los próceres, no será preciso hacer particularizada mención de las individualidades menos destacadas que las que acabamos de evocar. Y no hay que decir que utilizaremos los trabajos (no muy numerosos, por desgracia) de los doctos aludidos, citando a éstos cuidadosamente cuando nos sirvamos de sus monografías en nuestra exposición ulterior. Pero no será necesario advertir que lo que no han logrado alcanzar los grandes maestros especialistas, no ha sido tampoco logrado por los investigadores y eruditos de segunda fila. Y esta deficiencia de la historia de nuestra cultura no era de esperar que fuese totalmente suplida, u obviada por la erudición extranjera. Los países más cultos de la Rumania y los propios germanos y eslavos han creído, salvo contadas y honrosas excepciones, que muy poco o nada tenían que aprender de la historia del humanismo español. Tal creencia, que no nos atreveríamos a impugnar, ni a admitir sin las previas pruebas obligadas y fehacientes, han desplazado en buena parte de la erudición extranjera una labor que nosotros, los españoles, no hemos íntegramente realizado hasta la fecha. Que somos también nosotros los más obligados y los que disponemos de más medios materiales para llevar a cabo esa empresa, parecerá indudable. Mas no se crea que, al atribuirnos la principal carga de la indicada investigación erudita, los españoles nos sentimos impelidos por un nacionalismo estrecho, injustamente hiperbólico y agresivo. Muy al contrario. Queremos, debemos y necesitamos ver los hechos y doctrinas que integran el humanismo hispano con serena y austera objetividad, que no excluye una muy conmovida, honda y entrañable inclinación a matizar con cordial interés las evocaciones del pasado cultural de nuestro pueblo y de nuestra raza. Pensemos que se sirve a la patria ideal, que todos llevamos (o, cuando menos, debemos llevar) en las más augustas y profundas intimidades de nuestro espíritu, rindiendo tributo de cordial e incondicional acatamiento a la verdad, única reina y señora de todo investigador serio y sincero. Si la patrio-

tería incivil e irresponsable, aduladora incluso de las siempre impotables dictaduras, piensa otra cosa, que de este sagrado recinto queden excluidas sus violencias y sus sinrazones. Y porque para la labor que aquí y ahora reanudamos no cabe adoptar otra actitud que la propuesta, a nadie extrañará que no excluyamos en el estudio del humanismo hispano las fuentes extranjeras más autorizadas de historia de la Filología Clásica. Cómo podremos y deberemos lamentar que algunos grandes maestros contemporáneos de la filología clásica no colaboren a las tareas que aquí continuamos, porque la Ciencia no admite, ni tolera cotos cerrados. Si de tejas abajo y en este mundo finito y humano “todo lo que sabemos nos lo sabemos entre todos”, según afirmación del rústico interlocutor del erudito don José Amador de los Ríos, colaboremos todos también a la obra común, solidaria y liberadora de la adquisición y de la difusión de la verdad científica. Y hagamos y subrayemos una especial excepción de justísimo y relevante aprecio, citando los estudios sobre el erasmismo español, debidos a la luminosa inteligencia y a la laboriosidad infatigable del doctor Marcel Bataillon, director perpetuo actualmente del Colegio de Francia en París y benemérito y glorioso hispanista. Su *Erasme et l'Espagne*, París, 1937, y la edición española, corregida y aumentada de esa obra monumental con el título *Erasmus y España*, traducción de A. Alatorre en dos tomos, editados en México, Fondo de Cultura Económica, 1950, son verdaderas piedras angulares de la futura historia del humanismo español. Y hacemos consciente omisión para no alargar considerablemente esta grata referencia, de muchas de las obras, opúsculos y monografías de varia extensión y de contenido también humanístico hispánico, que el doctor mencionado compuso y registra en la edición española de su *Erasmus y España*, tomo I, a las páginas xxvii-xxviii de la “Bibliografía” en más de 33 números. Mas repetimos que el caso del doctor B. Bataillon es un caso excepcional y casi único en este sector de la erudición humanística. Si A. Gellius dijo de Q. Ennius: “Q. Ennius tria corda se habere dicebat quod loqui Graece et Osce et Latine sciret” (17, 17, 1), del doctor Bataillon y con una modificación

ligeramente numérica podríamos decir que “tiene dos corazones” (*non tria, sed duo corda*), porque habla y piensa en español con la autenticidad y la profundidad con que habla y piensa en su lengua nativa. Oralmente hemos oído sostener al ilustre amigo mencionado en estas líneas que “con el alma entera no se puede hablar más de dos o tres lenguas”. Los razonamientos en que basa el doctor Bataillon su ejemplar experiencia, reflejada en ese aserto, deberán ser en otra oportunidad con la necesaria amplitud expuestos y dilucidados.

Baste por ahora con registrar que el insigne autor del *Erasmus y España* tuvo un lejano precursor en Q. Ennius, el vetusto y famoso vate de los *Annales* de la época arcaica de la literatura latina, primer antecedente de consideración de Virgilio y de la *Eneida*. Debemos, pues, y necesitaremos *investigar*. Que mis oyentes olviden ahora, siquiera por un momento, la humildad espiritual en punto a capacidad científica del que les habla y las muy reducidas posibilidades de acierto que podrán acompañarme, pero con ese piadoso olvido, o sin él, de todas suertes resultará incuestionable que tendré que investigar, que necesitareé investigar para cumplir el voluntario compromiso que he contraído de dar esta conferencia y que. . . será también preciso y conveniente que en ese empeño de investigación me acompañen con su colaboración asidua cuantos me escuchan hoy, o puedan oírme alguna vez más hablando de “humanismo español”. Pero no me hago ilusiones de que pueda encontrar inmediatamente dispuesta y preparada la colaboración que oficial y oficiosamente requiero. Sé, por experiencia personal directa, que no se adquieren de la noche a la mañana hábitos de investigación abnegada y paciente. Mas espero que en estas investigaciones que hoy aquí inicio seré algún día eficaz y fructuosamente auxiliado por mis alumnos y oyentes, pero mientras tan dichosa coyuntura se me ofrece y presenta, esperaré, tengo el deber de esperar. . . *andando*. Mientras investigamos todos, comenzaré por investigar yo. Y no tengo que advertir a quienes me escuchan que la ardua tarea que acometo no consiente trazar bonitos, lucidos y circunstanciados programas, con fechas precisas de comienzo y de término en la acción emprendida,

que tampoco cabe prever si podrá extenderse a todos los sectores a que quisiera llevarla nuestra natural e insaciable curiosidad. Bastará con que comencemos nuestra tarea con denodado esfuerzo y con viril constancia cosechemos los humildes frutos que nos sea dable en semejante ruta recoger. Para sacar fuerzas de flaqueza en tal empeño nos bastará con tener presente que ya sólo en el camino y en sus accidentadas peripecias y vicisitudes, hallarán nuestras energías una noble y depuradora finalidad. Si el triunfo nos está negado, ya la cruenta lucha por alcanzarlo es merecedora de todos nuestros más vigorosos esfuerzos. "Dicen que el cielo se atrevió al abismo. . . El atreverse sólo fue heroísmo". En esa actitud comienzo, o, cuando menos, debo comenzar mi labor. Mas hasta que se incorporen a mi ruta los que me escuchan, no dejen constantemente de testimoniarme su cordial interés, proponiéndome sus dudas, sus conjeturas, sus sospechas, o sus atisbos y sus aciertos, para que de unas y otros hagamos fondo común de aplicación de esfuerzo eficaz. Todo se puede explicar y aun justificar por el momento en estas conferencias que en el año escolar corriente iniciamos, menos una actitud inerte y pasiva de los estudiosos que a tales actos y solemnidades concurren. No me cansaré, pues, de insistir en recomendar la inmediata y posible colaboración de una atención tensa y cordial, que formule continuas dudas y arduos problemas. Y todo lo que no sea, como *mínimum* y punto de partida, eso significará que se condena a esterilidad indefectible, dolorosa y hasta trágica lo que puede y debe reportar fructuosísimos resultados.

El que os habla no vacila en afirmar que de labores como la últimamente proyectada, espera una vigorosa y profunda renovación universitaria. Tras las observaciones preliminares que acabamos de formular, será preciso que comencemos trazando el itinerario a seguir para alcanzar la finalidad que perseguimos. Y si es cierto que los productos hasta el día cosechados en el campo en que hemos de movernos, no nos libran de una muy intensa y vigorosa actuación, ni de la necesidad de contar con eficaces colaboraciones nacionales y extranjeras, no es menos notorio que para recoger y valorar los hechos y

las concepciones del humanismo hispano será preciso que partamos del claro concepto de lo que por "humanismo" se ha entendido y se puede y se debe entender. Que ese término no se emplee siempre con la propiedad necesaria y que sea susceptible de muy ambiguas y confusas interpretaciones, no deberá extrañarnos, pues las palabras en que se han sedimentado los más fecundos conceptos, han tenido de ordinario que soportar muy rudas perturbaciones semasiológicas. Y de la fecundidad de las ideas expresadas con los términos "humanitas", "humanidades", "humanismo", etcétera, no dudará quien se haya siquiera asomado a la historia de la cultura occidental del Renacimiento a nuestros días. Mas que resulte explicable y hasta justificable la ambigüedad notada, no arguye nada en contra de la conveniencia de disipar ese obstáculo, para proceder con las debidas garantías de exigencia doctrinal en nuestra ulterior investigación.

En la serie morfológica y semasiológica = *homo*, *humanus*, *humanitas* = deberemos inquirir la significación fundamental y las acepciones derivadas de nuestros vocablos *humanismo* y *humanidades*. A una exaltación, cuando no y como mínimum, a una debida y justa valoración de los factores humanos, deberemos referir en su sentido primario y fundamental el término "humanismo". Las aludidas exaltación o valoración equitativa de los factores humanos han podido, de un modo particular, justificarse, y han sido hasta plenamente necesarias en aquellas épocas en que, desconocidos o negados por largo tiempo esos elementos, llegó a sentirse el lamentable vacío que su ausencia ocasionaba. Aquellas realidades (ideales o materiales) que encuentran normal y equitativa aplicación a las exigencias de la vida diaria, no requieren de ordinario ser especialmente exaltadas o valoradas. Así no puede extrañar que al acentuado desdén medieval por el hombre y por sus problemas más vitales, subsiguiera el humanismo renacentista con acento también muy acusado de reivindicación y de protesta. Y sin embargo, no debemos fijarnos tan sólo en esas situaciones extremas, en que una negación, o un desconocimiento, van subseguidos y rectificadas por una correspondiente y contraria exaltación y

equitativa valoración, o por un hiperbólico encarecimiento. Interesará bucear en el origen de los valores, que las vicisitudes de la historia humana permiten olvidar, o encarecer, según las circunstancias, para iluminar los hechos históricos con la luz de la comprensión y del razonamiento. Y para realizar esa labor, nosotros deberemos volver a interrogar a los vocablos, que recatemente interpretados suelen deparar copiosa mies de enseñanzas.

“Humanitas” ha significado: *a*) naturaleza humana, humanidad, dignidad y sentimientos humanos (opuestos a la naturaleza salvaje de los brutos); *b*) —en acepción metonímica— sociedad humana, linaje humano; *c*) —en particular— *φιλανθρωπία*, filantropía, humanidad, benignidad, caridad, afabilidad, gracia, apacibilidad, naturaleza benigna (en oposición a “inhumanitas”, “superbia”); *ch*, —en sentido también particular— *παιδεία*, exquisita y depurada formación procedente del estrecho y constante trato con los mejores textos de los grandes poetas y de los insignes oradores e historiadores, íntima y asidua relación sólo asequible con un regular bagaje de conocimientos instrumentales adecuados, y *d*) —en sentido una vez más particular y como lógica consecuencia de la última acepción consignada— gusto fino y exquisito, exquisito sentimiento de la oportunidad y de la conveniencia. Como se podrá observar en la serie ordenada de acepciones de “humanitas” que acabamos de recoger, ofrécesenos una gradual y cada vez más intensa penetración en las esferas más depuradas de las realidades y de los valores humanos; desde la significación más genérica: “dignidad y sentimiento humanos” (opuestos a la naturaleza salvaje de los brutos) hasta el sentido más restringido: “gusto fino y exquisito”, “sentimiento delicado de la oportunidad y de la conveniencia”, extremos a los que sirven de adecuados intermediarios las acepciones de *παιδεία* y de *φιλανθρωπία*, el vocablo a que nos venimos refiriendo pasa sucesivamente a recoger las más puras esencias de la naturaleza humana a través de la civilización y de la historia.

Conste que no pretendemos que la evolución semasiológica de ese vocablo se haya efectuado siguiendo sin oscilaciones ni

retrocesos la trayectoria mencionada. Mas conste también que, no obstante la salvedad propuesta de la incuestionable evidencia de la gradación de acepciones consignada, ofrecen testimonios indiscutibles los más puros prosistas de la latinidad clásica: sirva de ejemplo, entre otros muchos que podrían citarse, éste tomado del *De oratore* (lib. 1) “ciceroniano”...: “*oratore in omni genere sermonis et humanitatis esse perfectum*”. Porque no será necesario insistir en afirmar que la “humanitas”, quintaesencia del “humanismo”, es una creación romana, mejor diríamos, greco-romana. Los nombres de los más famosos concurrentes al círculo de los Escipiones, presidido por el Emiliano, Polybius, Panetios y Cicerón, podrán advenir la exactitud de nuestro precedente aserto. Y como aludimos a hechos notorios, han de ser muy sobrias nuestras glosas en este punto de la presente exposición. A cuantos conocen elementalmente la historia de las letras latinas es manifiesta la capital trascendencia ideológica y literaria del círculo de los Escipiones. En ese famoso cenáculo, crisol en que se funden y combinan las más variadas y valiosas esencias culturales greco-latinas, comenzaron a alcanzar difusión y consistencia las ideas forjadas por el neo-estoicismo sobre la cultura ético-estética del helenismo, unidas a la *virtus* y al sentido realista romanos en fecunda cópula, de la que surgió la primitiva *humanitas*.

Polybius anticipó en visión luminosa el glorioso destino de la fusión de la idealidad helénica con la indicada *virtus* y el sentido político y pragmático romanos. Panaitios (Panetios o Panecio) cooperó a la transformación del estoicismo más antiguo e intransigente, facilitando la síntesis ideal en que la “humanitas” hubo en un principio de consistir, como hemos indicado. Y Cicerón sacó las más fructuosas consecuencias de todas las labores mencionadas, midiendo, como dice algún autor contemporáneo, la teoría griega en la práctica romana, y dignificando ésta mediante aquélla, para transmitir también como valioso legado de la cultura greco-romana la suma del pleno desenvolvimiento de la humana dignidad en el ánimo, en la inteligencia, en la conducta y hasta en el uso de la expresión oral y escrita articulada, que se llamó y se sigue denominando

“humanitas”. Tal “humanitas” recibida por el cristianismo occidental, iluminó los espíritus de los por ella nombrados “humanistas”, ante los que siempre brillaron ideales éticos, estéticos e intelectuales de la madre Grecia, transmitidos y fecundados en la placenta de Roma. Estos son los más remotos orígenes de la “humanitas” y del “humanismo” que hemos podido hallar y nos han parecido suficientemente interesantes para hacerles objeto de toda la larga evocación precedente. La “humanitas” en el mundo clásico es, pues, una exquisita, delicada y compleja síntesis de los altos valores culturales greco-latinos, puestos al servicio de la plena expansión de las más puras y fecundas posibilidades humanas.

En los conflictos contemporáneos entre la cultura y la técnica, y ante el hecho dolorosísimo y muy generalizado del abandono de las humanidades por las simples y empíricas técnicas docentes, la protesta de personalidades eximias, como George Kennan, se ha exteriorizado recientemente en aseveraciones tan explícitas y sugestivas que merecen y demandan ser transcritas a continuación. Ha dicho el mencionado insigne diplomático en reciente congreso por la libertad de la cultura: que precisa esforzarse porque en nuestra sociedad, de cultura cada día más mediocre, se mantengan vivos los focos de inconformismo, de refinamiento, de lo experimental y esotérico, de lo revolucionario en el terreno que haga de la cultura de masas algo tan digno y elevado como en el pasado fue la cultura de “élites”. “Estremece pensar que puede llegar un momento en que todos hayan de llevar una existencia en la que no sea posible la gracia y la distinción, la calma y la meditación”, “y en la que las distracciones no sean individuales, sino en rebaño. Si la técnica y los gustos de la masa hacen necesario que millones de jóvenes sean sólo semieducados, por lo menos han de conservarse los medios de que unos miles reciban una alta educación auténticamente humanística”. (Vid. el artículo recientemente publicado en *Excelsior* con el rótulo “Progreso y Libertad IV: la Cultura y la Técnica” por don Víctor Alba). Nos parecen muy sensatas y muy agudas las observaciones que acabamos de copiar, pero todavía podríamos subrayarlas con otros razo-

namientos pertinentes. Piénsese que la orientación humanística podrá ser, ha sido y es muchas veces aún eficaz antídoto de la muy frecuente y muy dolorosa desorientación total que aqueja a no pocos sectores humanos en esta era atómica, agnóstica y aquejada de angustia incurable, o, cuando menos, pertinaz y cruel. Religión, filosofía, moral, ciencias del espíritu, etcétera, forman hoy un mundo agitado por seísmos espirituales tan tremendos como arrolladores. Hora es, pues, de que el hombre asiente sólidos cimientos de nuevas y perdurables convicciones en el suelo firme de su autenticidad humana y de su posible y hasta habitual potenciación y exaltación creadora por los campos de la idealidad pura. Mas fácilmente se comprenderá que un circunstanciado desarrollo de los pensamientos sugeridos más que expresados en estas acotaciones, podría resultar por el momento un tanto inconveniente y extemporáneo.

Volvamos ya, por tanto, a nuestro capital objetivo: intentemos una modesta investigación en el atractivo territorio doctrinal del humanismo hispánico. No me seducen, ni especialmente me atraen los periodos de madurez de plena floración, o los periodos de decadencia de un determinado proceso. Siento, en cambio, particular atracción por los periodos de orígenes, llenos de problemas y de misterios. En lo que a la historia del humanismo español concierne, más que insistir en iluminar perspectivas ya luminosas, deseo obtener alguna información, alguna luz de las épocas en que se forjan y aparecen, confusamente delineadas aún, las nuevas realidades. El caso del itálico encargado de la lectura de Virgilio en la Universidad de Salamanca y durante la segunda mitad del siglo xv y la desorbitada versión de la *Eneida* de don Enrique de Villena, cautivan singularmente mi atención y mi curiosidad. Se me podrá decir justamente que “en el pecado llevo la penitencia”, porque ésa un tanto extraña proclividad por las empresas más arduas de la investigación histórica, no empareja bien con las modestísimas capacidades del que traza estas líneas. Pero que, en definitiva, decida y sentencie el discreto auditor o lector de estas páginas. El caso aludido es el siguiente. Sabemos por tes-

timonios fehacientes, que oportunamente en la forma debida serán ubicados, que en la Universidad de Salamanca, durante el siglo xv, un itálico fue encargado de la enseñanza de Virgilio, probable y verosímilmente porque se creería hallar en dicho itálico garantías de competencia y de eficiencia didáctica, que no parecerían tan ostensibles en otros maestros españoles contemporáneos. No necesitaremos encarecer la acentuada y justa estimación del vate de la *Eneida*, claramente implícita en la comisión y encargo de referencia a persona que, por su origen (Italia fue siempre cuna y hogar del Renacimiento), podía hallarse y es de presumir se hallara especialmente iniciada en los secretos del texto "virgiliano". Y no nos consta que en la indicada época con ningún otro autor del siglo de oro de las letras latinas se hiciera la excepción apuntada y aplicada al vate Virgilio. Mas para explicar "de poetría", requiérense, en la segunda mitad del siglo xv y en la Universidad de Salamanca, los esfuerzos y la competencia del itálico *Nicolás Antonio*. Convencidos los claustrales de la histórica y venerable Escuela de la pericia probada del citado maestro, y de la necesidad que sentían de utilizar los servicios de ese docto, no vacilan en asignar a dicho itálico, primero cinco, y después seis florines de salario al mes. Además, después de una prueba, que debió resultar favorable y duró algunos meses, se prescinde de contratar al susodicho itálico por plazo breve, y se ajusta su labor docente por término de un año: "de San Lucas a San Lucas"; autorízase también a ese profesional una ausencia de treinta días, dejando substituto con las formalidades. Transcurrió así algún tiempo (desde julio del 65 hasta fines del año 66), y durante él nuestro itálico debió explicar *poetría*, leyendo el texto de Virgilio. Mas ya a comienzos del año 1467, nos enteramos de que Nicolás Antonio hubo de cambiar esa lectura de *poetría* de Virgilio por la de moral de Tulio, acatando la decisión obtenida *ad vota audientium*. Es decir, que cuando había motivos para creer enraizada en el ambiente universitario la pura lengua "virgiliana", la desidia o, acaso, el empirismo de los escolares, obligaba a volver a textos del arpinate, probablemente más fáciles que los poéticos pasajes de las *Geórgicas*, de las *Bucólicas* o de

la *Eneida*, interpretados por el itálico Nicolás Antonio en las aulas salmantinas. ¿Y no se podrá acaso vislumbrar en esa curiosa y sospechosa mutación de lectura una embestida del espíritu medieval y retardatario, contra las renovadoras orientaciones del Renacimiento italiano triunfante? Porque excluimos ahora totalmente la hipótesis —algún tiempo aceptada— de que el tránsito de textos de Virgilio a textos de Cicerón, para explicar *poetria*, llevara a estudiar las cláusulas métricas de la prosa artístico-científica “ciceroniana”, pues de este último interesante extremo no nos consta que se ocuparan, ni se preocuparan los contemporáneos de Nicolás Antonio. Mas dejando aparte unas y otras probables y hasta curiosas interpretaciones, conste que las noticias recogidas respecto al tantas veces mencionado itálico, proceden del archivo de la Universidad de Salamanca y de su *Libro de claustros de 1464 a 1474*, fols. 53, 54, 68 y 93-94. Véase además nuestra monografía titulada “Contribución al estudio de la primera versión castellana de la *Eneida*”, por U. G. de la C., publicada en *Anales de la Universidad de Madrid*, tomos II y III (Letras) 1933-34, pp. 3 y ss. En el claustro celebrado el 8 de agosto de 1465 “Sobre la lectura del itálico” los asistentes a esa reunión razonaron su voto favorable para Nicolás Antonio, con las aserciones que transcribimos: “dixieron que por quanto el dcho ytaliano era ome sufficiente e utile para la dcha Vniversidad para leer de poetria, e por la mengua que en el dcho estudio avia de semejantes onbres e de la dcha lectura, por ende que ordenavan e ordenaron que mientras él quisiere leer de poetria en este estudio desde aqui a Sant Miguel primero que venia con el tpo que auja leydo de la dcha poetria dende quel comenco primero dia de Julio desde dcho año le diesen por cada mes çinco florines en oro o lo que valieren al tpo de la paga e syno conpliere meses enteros por rrata lo cual le mandaron dar del dinero de la vnjversidad contando eso mismo el dcho tpo que ha leydo al dcho precio e mandaron al administrador que con çédula suja se lo pagase. . .” Se paga con “florines de oro” la iniciación en la lectura de las obras del vate de la *Eneida*, a la par que se reconoce la importancia y la necesidad de la que debió ser labor

renovadora y orientadora del lector Nicolás Antonio. Las circunstancias registradas arguyen la existencia de un ambiente intelectual propicio y favorable al desarrollo de las influencias artísticas y doctrinales del Renacimiento europeo, principalmente, como es natural, del Renacimiento italiano. Mas sería raro que tan gratos y naturales hechos, así como sus lógicas consecuencias no hallaran frenos u obstáculos retardatarios, pues en la lucha incruenta de las ideas y de las culturas, son poco usuales las inesperadas facilidades de acción, o las benévolas acogidas de substanciales innovaciones. Más con las referencias glosadas no conseguimos recoger, contra nuestros mejores deseos, precisos, copiosos y característicos rasgos del humanismo hispánico, que lucha por establecerse y desarrollarse entre los viejos muros de la famosa escuela salmantina. La carencia de libros de visitas de cátedras de la época de Nicolás Antonio impide percibir realidades más concretas y aleccionadoras que las que acabamos de subrayar en su forma más genérica y casi esquemática. Lo único que por el momento podremos y nos interesa decir es que el noble inconformismo de los claustrales de la segunda mitad del siglo xv tuvo fecundísimo eco en la gloriosa vida espiritual de la misma citada Universidad en la primera mitad del siglo xvi. Ciertamente confunde y maravilla que en un siglo escaso, la Universidad de Salamanca pase de las tinieblas medievales al sol esplendoroso de las centurias del Renacimiento.

Pero creemos vislumbrar algo, y aun algo muy sugestivo, de la mentalidad colectiva evocada, que trueca muy pronto su sincero pesimismo por una acción provechosa y caudalosa, desbordante de bríos y pujanza. Enfrentamos esta grata y promisoriosa perspectiva en la personalidad y en la obra del famoso don Enrique de Villena. En nuestra "Contribución al estudio de la primera versión castellana de la *Eneida*", ya citada, hemos expuesto y publicado cuantas consideraciones nos han inspirado y sugerido el susodicho traductor y su versión famosa. Baste, pues, con recoger aquí lo que estimamos constituye la esencia del pensamiento expresado en dicha monografía, un tanto densa y acaso excesivamente minuciosa. No olvidemos que si los

clásicos griegos y latinos no son todavía hoy (¡afortunadamente!) considerados como suma y compendio de la ciencia y de la experiencia humana, de tan alta valoración gozaron esos autores, no ya sólo en las centurias medievales, sino durante el propio Renacimiento. Y prescindiendo de la justificación relativa que en las indicadas épocas pudo conquistar ese extremado aprecio de los citados escritores, conste también que, sin el cebo de la doctrina que se creyó ver sedimentada en los textos clásicos, es muy probable que a la consideración y estudio de tales obras no hubieran sido consagrados tantos y tan fructuosos desvelos. Así pues, ni las apreciaciones hiperbólicas y, en cuanto tales, inexactas, son totalmente perdidas para la historia del pensamiento y del progreso humanos. De la veneración casi supersticiosa de los clásicos, ha sido posible llegar a la actitud de cordial y unánime comprensión de los mismos que hoy se acusa en los pueblos más cultos del mundo. Pero hay motivos para dudar que, sin las previas exaltaciones rectificadas hoy, hubiera sido posible alcanzar la clara visión de nuestros días, matizada aún de muy intensas emociones y hasta de ciertos prejuicios. Sabido es que, para comprender, hay que comenzar por amar rendidamente lo que intentamos que entre en el campo de luz de nuestra conciencia. Teniendo muy presentes los susodichos principios, deberemos recoger y consignar los siguientes resultados. En primer lugar, hagamos constar terminantemente que la versión castellana de la *Eneida*, debida a don Enrique de Villena, es deficientísima en punto a fidelidad, contra lo que se ha venido creyendo hasta la fecha. En un número verdaderamente abrumador de pasajes de los seis libros de esa versión, que hasta el momento de trazar estas líneas hemos logrado estudiar, don Enrique no acierta con el sentido preciso del original latino, y acepta las más ingenuas y pueriles interpretaciones que pudiera permitirse un desaplicado escolar de nuestros días, poco o nada familiarizado con la lengua de Virgilio. Lo más lamentable para nosotros en casos tales es que, a través de esas bizarras... traducciones (llamémoslas así eufemísticamente), creemos vislumbrar un original irreprochable, no mal copiado por los amanuenses, pero sí mal traducido

por nuestro autor. En esos momentos poco felices del prócer traductor, hemos comparado tales versiones del original virgiliano con las correspondientes del texto de Cambiature. De esa curiosa e instructiva comparación hemos deducido algunas consecuencias, que merecen ser sobriamente registradas. Cambiature, de ordinario, utiliza un texto del original que es menos puro que el que debió emplear don Enrique de Villena, pero generalmente suele ser aquél más acertado intérprete que este último del “epos” de Virgilio. Sin embargo, no debemos dar a esta relativa excelencia un valor desmedido, en primer término, porque Cambiature, como Villena, yerra bastantes veces al intentar traducir ciertas expresiones virgilianas y, en segundo lugar, porque hasta en sus aciertos, el texto del intérprete italiano no se nos ofrece en su prístina pureza o rudeza, sino a través de la labor rectificadora y depuradora de dicha versión debida a Giovanni Paulo Vasis. No necesitaremos encarecer la importancia de esa reelaboración, que decidió al citado Giovanni Paulo a dar finalmente por suya la versión de Cambiature, en un principio publicada con la obligada mención de su primer autor. Los indicados extremos permitirán, pues, aplicar un módulo de rigor equitativo a los yerros de nuestro traductor, en buena parte excusables, por la impericia general de la época y del ambiente hispano, que no eran particularmente favorables para el cultivo de los estudios clásicos. Si en Italia y en el siglo XVI la *Eneida* distaba mucho de ser un texto diáfano completamente, ¿qué dificultades no ofrecería ese mismo “epos” un siglo antes y en nuestra patria? Las consideraciones propuestas nos consentirán juzgar con piadosa comprensión los yerros de la obra aquí estudiada. Pero nos depararán otro fruto: nos permitirán atribuir a esa producción el valor y la trascendencia que legítimamente le corresponden en la historia del humanismo hispano. Si la versión de la *Eneida* de Villena es un genuino producto de la época y del ambiente en que surge, si en esa obra se acusa un renacentismo muy matizado de medievalismo, no consentirá tal labor que a su amparo y bajo su égida forjemos muy risueñas ilusiones y esperanzas. Así, en efecto, nos consta que los hechos han venido a advenir seme-

jante desengañada conjetura. De la labor de Villena como intérprete de la *Eneida*, no ha quedado rastro alguno apreciable en la historia de las versiones castellanas del "epos" de Virgilio. Los productos nacidos con una vitalidad tan restringida, que no trasciende de las posibilidades del ambiente histórico en que aquéllos hubieron de surgir, no están destinados a alcanzar una dilatada y fecunda existencia. Por ser esos productos *muy de su tiempo*, llegan casi a ser exclusivamente de tal tiempo y pierden en universalidad humana lo que ganan en concreción histórica. Y sin embargo. . . en la misma imperfecta traducción a que venimos refiriéndonos, cabe percibir muy hondos valores humanos, que no creemos fueran totalmente perdidos en la historia del humanismo español. Podrá ser completamente ajena a la más verosímil intención del mantuano, la compleja finalidad ética que ha creído descubrir en la *Eneida* nuestro traductor. Es, más que probable, seguro que Virgilio no se propuso reflejar en su famoso "epos" las distintas edades de la existencia humana. Es notorio, sin embargo, que Fabius Planciades Fulgentius en su *Expositio Vergilianae continentiae* ya interpretó alegóricamente la *Eneida* como una imagen de la existencia humana. Mas que el poema de Eneas haya podido sugerir todas esas complejas elucubraciones, a través y hasta a pesar de la magia de sus bellísimas formas de expresión artística, es ya la más elocuente prueba del valor permanentemente sugestivo y clásico de dicha obra, y el reconocimiento también más terminante, por parte de nuestro autor, de esa excelsa cualidad estética. En breves palabras, y para sintetizar las observaciones precedentes, podremos decir: Villena ciertamente no enseñó en Castilla a traducir, con plena corrección, los bellos hexámetros virgilianos, pero adiestró a admirar y a amar las creaciones del mundo clásico a través de su imperfecta versión de la *Eneida*. Y este último resultado no se nos negará que es bien digno de cordial encarecimiento. . . Pasará el tiempo, después de efectuados esos primeros imperfectos tanteos, y la selva de la ética del escolasticismo dejará, al fin, ver el árbol de la pura creación artística y clásica.

Cambiarán entonces y, al parecer, radicalmente los horizon-

tes ofrecidos a la contemplación de los estudiosos. Los gustadores de las nuevas perspectivas verterán la hiel de sus dicerios juzgando a sus poco diestros predecesores. Mas ¿se nos podrá negar que los relativos aciertos actuales han sido condicionados, cuando no provocados por los cordiales yerros a que venimos refiriéndonos? ¿Se podrá desconocer que para llegar a percibir con alguna claridad lo que la cultura clásica fuera, ha sido preciso poner en ella el alma entera y las cardinales preocupaciones humanas del estudioso? Admitimos —¿cómo no?— la posibilidad de que sea errónea la concepción que acabamos de exponer, mas testimoniamos también nuestra sincera creencia de que no nos equivocamos razonando en la forma indicada. Y en momentos como los presentes, de dolorosa y aterradora crisis de ideales, sepamos depurar nuestros juicios y aquilatar los más puros valores humanos, para abrir el espíritu a las fecundas, renovadoras y promisorias orientaciones del porvenir. Nos haremos dignos y merecedores de un futuro luminoso, en la medida en que sepamos recoger con piadosa y justa cordialidad la herencia del pasado. La ecuanimidad que, en parte cuando menos, creemos lograda juzgando los libros que he podido examinar de la versión de la *Eneida* trazada por don Enrique de Villena, me ha rendido estimabilísimo fruto.

Desesperé del helenismo hispano en el siglo xvi estudiando la lamentable *Gramática griega* del “Brocense” y comprobando después la manifiesta impericia de Quevedo en ese mismo capital sector de la formación filológica clásica, pero pude a la par comprobar que las deficiencias “helénicas” (si se nos permite el calificativo) de Francisco Sánchez de las Brozas y de don Francisco de Quevedo habían sido archicompensadas con la labor verdaderamente meritísima del famoso helenista y maestro Francisco de Vergara. En materias tan complejas y tan poco estudiadas como las que se refieren a la historia del humanismo español, todavía por trazar en sus capitales lineamientos, toda medida será siempre escasa para huir de lanzar juicios condenatorios inapelables, o ditirambos totalmente injustos e infundados. En el tono menor en que se inician los estudios humanísticos en nuestra patria, en España, la más elemental

justificación demanda no falsear la modesta entidad de ese movimiento ideal, pero tampoco desconoce su intrínseca y ulterior, posible y relativa trascendencia. Procediendo así creemos poder reflejar con bastante, con muy estimable objetividad y sin sobreestimaciones o subestimaciones totalmente infundadas y arbitrarias, los contenidos doctrinales dilucidados, articulados y sistematizados en nuestra investigación. Claro es que la actitud indicada, que creemos impuesta por los hechos mismos por investigar plenamente, aunque ya en buena parte investigados, no nos autorizará para entonar hiperbólicas loas, o tremendas condenaciones, mas ¿qué le hemos de hacer? No tenemos pacto cerrado y exclusivo y excluyente con la trompa heroica, ni creemos que todo es sombrío, o todo luminoso en los panoramas de la cultura científica hispánica del pasado. Entre quienes no han querido molestarse estudiando el humanismo español, que soberbiamente niegan y en verdad muchas veces desconocen, y quienes ven en esa dirección de la cultura europea un paradigma de insuperables e insuperadas perfecciones, queda una modesta ruta intermedia, ajena a las proscripciones absolutas y tonantes, o a las apologías infundadas y, por tanto, meramente temerarias. Esta ruta intermedia, que no necesitaremos decir que merece y tiene todas nuestras preferencias, pudiera ser graduada y tachada de tímida e intrascendente, pero acaso (y probablemente sin “acaso”) podrá ser sensata y eficaz. Podemos testimoniar que mientras hemos intentado seguirla, creemos no haber omitido ni la aprobación para el acierto indudable, ni la censura para el desacierto manifiesto, y en esa encrucijada creemos también haber satisfecho exigencias de la razón discursiva y de la razón ética. Si no son quiméricas ilusiones las conjeturas que acabamos de registrar, podremos pensar que estudiando “humanismo español”, hemos procedido también “humanamente” en nuestra labor discursiva. Conste explícitamente cuando menos ese justo anhelo, por si nuestras invencibles limitaciones personales no nos han permitido satisfacerla plenamente.

Pero como no hemos aducido pruebas fehacientes de los hechos últimamente mencionados, el atento oyente o lector nos

permitirá explicar aquí esa hasta el momento consciente omisión. De la muy discutible y discutida competencia en lengua griega del maestro Francisco Sánchez de las Brozas, he tenido ocasión de escribir¹ lo que aquí también ratifico y copio: “Confieso que no soy un convencido de la competencia en griego de Sánchez de las Brozas. Fundo mis dudas en una copiosa colección de notas en las que he pretendido recoger algunos yerros de indiscutible relieve y trascendencia de la “Grammatica graeca // ostenditur vera pronuntiatio, quam a Gothis // et Barbaris acceptam Grammatici // Foedaverunt. // Juxta Exemplar Salmanticense anni 1592. // Genevae MDCCLV”. Llevo además diez años estudiando el humanismo clásico y cristiano en algunas de las obras eruditas de don Francisco de Quevedo y Villegas: hasta la fecha en que trazo estas líneas, mis investigaciones humanísticas sobre Quevedo me han permitido trazar las monografías cuyos rótulos transcribo a continuación: I. Comentarios al epistolario completo de Quevedo; II. Comentarios al supuesto Epistolario apócrifo del mismo Quevedo; III. Comentarios a las versiones de Epístolas de Séneca y de Plinio por Quevedo; IV. Comentarios a unas notas autógrafas de Quevedo al Epistolario de Séneca a Lucilio; V. Comentarios al tratado de Quevedo acerca de la Providencia de Dios; VI. Comentarios acerca de las fuentes clásicas y cristianas utilizadas por Quevedo en su opúsculo: “Nombre, origen, intento, recomendación y descendencia de la doctrina estoica. Defiéndose Epicuro de las leyendas vulgares”; VII. Quevedo, intérprete y continuador de Séneca el Retórico; VIII. Quevedo, intérprete del tratado pseudo-“senequiano” *De remediis fortuitorum*, y IX. Comentarios a la “Vida de San Pablo Apóstol” trazada por don Francisco de Quevedo y Villegas. Las nueve monografías enumeradas han sido mecanografiadas primero y después corregidas con el cotejo de sus respectivos originales manuscritos y completadas en transcripciones también manuscritas de sus correspondientes textos griegos y hebraicos por el que traza estas líneas. La novena monografía

¹ *Francisco Sánchez de las Brozas: Su vida profesional y académica*. Ensayo biográfico por P. U. González de la Calle. Madrid, Suárez, 1923, p. 52, n. 2.

está aún pendiente de complemento de una "Segunda parte", todavía no mecanografiada, ni corregida. Las nueve piezas descritas son propiedad del Colegio de México de esta capital, pues fueron compuestas por encargo de los directores del mencionado centro de investigación, quienes no han resuelto aún si deberán mandar a la imprenta esos originales. En ellos he podido y tenido que registrar una larga serie de inexactitudes de vocablos y giros griegos utilizados en las obras impresas de Quevedo citadas y examinadas para componer mis susodichos comentarios. Como por razones personales, que puedo y debo omitir aquí, he prescindido de solicitar de España *microfilms* de manuscritos y de autógrafos de obras de Quevedo, tengo en no pocos casos que dudar, y de hecho dudo, si los aludidos yerros son imputables al propio don Francisco de Quevedo, o a sus dos últimos editores, de los cuales el último, sobre todo, fue notoriamente negligente en el extremo a que venimos refiriéndonos. Por esos motivos tampoco incluyo aquí una breve lista de tales yerros "helénicos", sólo dudosa y parcialmente atribuibles al insigne don Francisco. De todas suertes, e incluso utilizando la experiencia ajena de algún discípulo que ha acometido curiosa investigación acerca de la formación helénica de Quevedo, me inclino a pensar como muy verosímil que el humanista y satírico citado no debió tener mucho más sólidos cimientos en griego que los bastante livianos que acredita respecto a la lengua hebraica. Mas en nuestra muy arraigada y verosímil conjetura de la deficiente formación helénica de Quevedo en materias de helenismo literario y filosófico, influye lo que principalmente de su propia época, anterior y más favorable que la siguiente, nos dice el mismo probado helenista Francisco Vergara.² Este insigne helenista, genial continuador

² Vid. sobre este humanista mi monografía rotulada "Francisco de Vergara y la pronunciación de la Z griega", Bogotá, 1948. (Separata del "Boletín del Instituto Caro y Cuervo", tomo IV, número 2, 1948, Librería Voluntad, Bogotá). Pero respecto a Quevedo y su formación helenística he recopilado también algunos datos en la monografía rotulada "Como citaban a veces los humanistas y... cómo no se debe citar", artículo publicado en la revista de nuestra Facultad (Filosofía y Letras, 57-58-59, enero-diciembre, 1955, pp. 215 y ss.)

del célebre comendador griego, Hernán Núñez el “Pinciano”, puede bien asumir la más calificada representación del humanismo español en el sector helénico durante el primer tercio del siglo xvi. Pues bien, el mencionado insigne maestro, que hizo imprimir a su costa una pequeña *Crestomatía* nos informa de las dificultades de la época en que acomete tal labor. El único ejemplar conservado de dicha *Crestomatía* perteneció a Ingram Bywater y se conservó en la Bodleiana de Oxford.

Terminada la impresión de ese libro en 1524, reúnen en tal producción textos de Luciano, Jenofonte, Isócrates, Libanios y Gregorio Nissenos. De la epístola dedicatoria, dirigida a la Universidad Complutense por Francisco de Vergara para explicar la necesidad de la susomentada *Crestomatía*, transcribe Mr. M. Bataillon (*op cit.*, p. 171, n. 2) los siguientes significativos y tristes asertos:

dum compositis christianorum principum rebus, cautiores epulas alicunde ad nos convehi liberum sit. Sumus enim in eo orbe, ubi omnes artes tam mechanice quam etiam (quod maximopere dolendum est) liberales, gentis inertia atque avaritia in tantum frigent, ut (omissa interim reliquorum artificum rusticitate) vix typographus aliquis inveniatur qui non dico grecum (*sic* por graecum) sed latinum codicem, etiam ex iis qui probe venales futuri essent, sua pecunia formis. velit propagare.

La guerra con Francia impedía la importación de libros extranjeros, extremo al que claramente aluden las primeras palabras que acabamos de transcribir (*dum compositis christianorum principum rebus*), y como la industria nacional languidecía, era difícilísimo proporcionarse el minimum de textos indispensables para acometer las doctas tareas a que consagró su esfuerzo el insigne Francisco de Vergara. En su misma *De graecae linguae grammatica*, Vergara asegura no haber hallado fuentes para las ilustraciones prosódicas que intenta ofrecer, expresándose en estas palabras, también dignas de transcripción literal: “Mirum vero in tot veterum ac nouorum librorum excusionibus, nullum huic negotio parem editum. Nisi forte

in aliis regionibus iam pridem versatus, nondum in Hispaniam extremum Europae angulum peruenerit". Las dos citas aducidas comprueban con elocuente sobriedad que la situación de los estudiosos de las letras griegas no era ciertamente muy grata en el propio ambiente complutense, cuando en él inició sus doctas enseñanzas nuestro helenista Vergara. Pero este maestro afirmó cada vez con más decidida convicción sus arraigadas orientaciones *erasmistas*, que, como no pocas veces pudo ocurrir, desde el campo estrictamente religioso, dejaban trascender muy acusados ecos a la esfera de las investigaciones filológicas del mundo clásico greco-latino. El propio autor famoso del *Moriae encomium* se siente muy especialmente atraído por la persona y deudos del humanista Francisco de Vergara. Erasmo ensalza a Juan de Vergara y a sus hermanos Francisco —del que recibió una espiritual y bellamente forjada epístola en griego— y Bernardino Tovar, que muestra encendido celo *erasmista* gastándose en la resuelta defensa del glorioso humanista holandés. Francisco, en su carta a don Erasmo, pintaba a España como víctima de un nuevo Gerión cuyos tres cuerpos, Sofística, Pseudoteología y Leguleyismo, eran animados por un sólo espíritu: el odio al propio Erasmo. Este glorioso humanista en su Epístola 1885 (líneas 109-111), evoca en los siguientes términos el símil de referencia: "Quam pulchre depinxit istum prodigiosum Geryonem e sophista, pseudo-theologo et leguleio conflatum", mas también se permite saludar a otro Geryon de dichoso augurio en los tres sobredichos hermanos Juan, Francisco y Bernardino, animados por un solo espíritu 'εν τῷ τοῦ Εράσμου ἑσῶν. Y con posterioridad a estas manifestaciones, volverá Erasmo a formular otras adicionales, para dar de un modo particular y efusivo las más rendidas gracias a Francisco, autor de la mencionada y ensalzada carta griega. El humanista de Rotterdam tributa grandes y excepcionales elogios al humanismo español, tan comprensivo de la tendencia *erasmita*, aunque algo excesivamente apasionado, pero, precisamente por esto, idóneo para compensar al mismo Erasmo de las animosidades de los monjes más agresivos y belicosos. El insigne epistológrafo holandés, con admirable penetración psicológica, traza una ruta

de actuación doctrinal y literaria llamada a ser especialmente atractiva a sus selectos partidarios hispanos. Dicha ruta no es la de los "ciceronianos" de Italia, pues a la elegancia "ciceroniana", prefiere Erasmo una forma "más densa, más cerrada, más nerviosa, menos lamida y más varonil" (Bat., op. cit., p. 292). Pero no necesitaremos advertir que para que se produjeran efectos de atracción espiritual, como los que acabamos de registrar sobriamente, era indispensable que el humanista F. de Vergara supiere y escribiere griego "de veras", no por mera ficción presuntuosa, sino pudiendo verter en la lengua de Esquilo sus más puras esencias ideales y no quedándose, por tanto, en la mera superficie del hermoso idioma helénico. Y, en efecto, nos consta que F. de Vergara no fue un profesional inconstante de las letras griegas, sino que a su misión docente de la lengua de Platón, dedicó abnegadas, continuas y fructuosas actuaciones magistrales. Enumeremos y puntalicemos algunas de tales relevantes labores. Los muy contados, pero ordinariamente selectos escolares que solían frecuentar las cátedras de humanidades de las universidades españolas del Renacimiento, luchaban con obstáculos de consideración para iniciarse en los estudios filológicos y lingüísticos de los idiomas clásicos. Y esa situación lamentable aquejaba, por desgracia y sin duda, a los discípulos del helenista Vergara. Las prensas de Eguía sirven para publicar textos de Erasmo y explicaciones de obras sagradas y profanas, utilizables por los jóvenes helenistas, pero de esas mismas prensas no sale, por la época a que venimos refiriéndonos, obra alguna de instituciones gramaticales de la lengua griega, ya que la producción rotulada *Graecorum characterum, apicum et abbreviationum explicatio cum nonnullis aliis per Franciscum Vergara. Professorem complut.* (Colofón: Compluti apud Michaellem de Eguía. An. MDXXXVI, XXV Octobris) no debió ser más que un simple alfabeto con el que los principiantes aprenderían a leer y a rezar en griego. Mr. Bataillon califica la obra citada de "Croix de par Dieu" (cartilla para aprender a leer) del perfecto humanista, y enumera como su contenido devoto el *Pater, Ave Maria, Salve Regina, Credo* y bellas sentencias, con traducción latina inter-

lineal, del Sermón de la Montaña, en particular de las Bienaventuranzas. No será lícito, sin embargo, desconocer el valor práctico incuestionable del susodicho “alfabeto”, pero a todas luces evidente resulta que su publicación comprueba la carencia de un texto de gramática elemental, que de haber existido entonces, hubiese con notoria ventaja ocupado el lugar del muy modesto “Croix de par Dieu” aquí ahora glosada. No es de suponer que los contemporáneos de F. de Vergara hubieran preferido un instrumento deficiente teniendo a su disposición y a su alcance otro mejor. Pero es que además nos consta que el helenista Vergara goza de la fama de ser el primer autor de una gramática griega española. De esa gramática, Nicolás Antonio cita dos ediciones, pero adviértase cómo se formula esa referencia bibliográfica en la que creemos advertir un yerro manifiesto: *De omnibus Graecae Linguae Grammaticae Partibus*. Compluti apud Michaellem Eguía 1573. DEINDE Parisiis 1550 in 8. (Subrayamos nosotros el vocablo *deinde*, no el texto del que transcribimos la referencia aquí glosada). Mas adviértase que la sucesión en el orden temporal a que parece referirse en su acepción ordinaria la palabra “deinde”, no se acredita entre las cifras 1573 y 1550, sino con mayor verosimilitud entre las cifras 1543, 1533 o 1537 y 1550. Pero en la edición que hemos podido consultar de la *Bib. Hisp. Nova*, aparece la incoherencia cronológica que aquí registramos y que hemos comprobado después de una reiterada inspección de dicho texto, no dando crédito a las primeras “notas” que pudimos tomar de él. E insistimos en nuestra creencia de que es errónea la cifra de 1573 no ya sólo por la evidencia de que es *posterior* y no *anterior*, como se indica en el glosado “deinde”, sino porque es más verosímil que una gramática griega española apareciese antes en las prensas complutenses de Eguía que en las prensas parisinas de Morelius y Turrisanus. Porque debo además hacer constar que la única, en un principio, y después la primera edición de que he podido tener un ejemplar en mis manos de la *Gramática griega* de Francisco Vergara, aparece publicada en París, mas no el año de 1550, como asegura Nicolás Antonio, sino el año 1557, y se advierte en su portada que se sigue

por *primera vez* la edición complutense en la mencionada parisina. Creo, pues, que tenemos motivos suficientes para poner muy entredicho las dos cifras 1573 y 1550, a que venimos refiriéndonos. Y he aquí ahora el texto de la portada de la gramática griega de Vergara, que hemos podido consultar en la Biblioteca Nacional de Colombia en Bogotá (F. C.: No. 01543):

Francisci Vergarae de Graecae Linguae / grammatica, lib. V / adiecta sunt per auctorem tribus libris medijs Scholia non poenitenda / Item admonitio de operis ordine, simulque de eius / perdiscendi modo, & de Graecanici studij ratione. Opus nunc primum ad complutensem editionem excusum ac restitutum. [Escudete en el que aparece un ancla con un pez enroscado, y a los lados izquierdo y derecho de tal representación gráfica, las sílabas AL y DVS respectivamente]. Parisiis MDLVII. /. Apud Guil. Morelium in Graecis Typographum Re-/gium, & Bernardum Turrisanum, via Iacobo/boea in Aldina Bibliotheca. / Privilegio Regis.

Colofón al final del volumen, después de su última página, 486 en folio sin numerar: “Parisiis, MDLVII. Excudebat Gvil. Morelius, in graecis typographus”. Bastaría ahora someter a una ligera inspección las páginas de la “dedicatoria al lector” del texto susodicho, para convencerlos de que en ese opúsculo se abren rutas completamente nuevas y desconocidas para la docencia hispana. Vergara trata de enseñar griego a quienes se hallan principal y casi únicamente familiarizados con el latín, por lo cual cree práctica docente recomendable acomodar la estructura de su *Gramática griega* a la estructura tradicional de las gramáticas escolásticas latinas. F. de Vergara en el proemio de su *Gramática griega* se expresa en estos términos (p. 1):

Franc. Vergara, / ad lectorem, de ordine operis & de ratione studij Graecanici. . . Primum igitur, quoniam haec Latinis hominibus parabam, in multis illorum praeceptores imitatus sum: & quaedam e grammatica latina iam cognita, aut saltem petenda, praeterii. Deinde quia Hispanis meis in primis consultum cupiebam, apud quos Antonij Nebrissen-

sis grammatica latina sola in scholis merito regnat, hanc in quibusdam aemulari studui. Quod itaque formulas declinationum & conjugationum in libro primo seorsum positas vides, illius imitatio est. Scholia quoque eiusdem exemplo addidi, ne parerga quaeuis cum praeceptis generalibus implicarem.

No hay que decir que las expresiones manuscritas tienen pleno sentido como testimonios de los necesarios tanteos con que se inicia una ruta nueva, nunca como alusiones a labores previas en el campo de la enseñanza del griego clásico. Ya hemos tenido anteriormente que referirnos a las dificultades con que se luchaba en la España del Renacimiento para enseñar fructuosamente la lengua helénica. Pero todavía podremos ratificar esa tesis citando el siguiente largo pasaje de la misma *Gramática griega* de F. de Vergara (p. 11, edición mencionada últimamente):

Haec (ed., los temas referentes a las cantidades silábicas) docet lib. IIII pars extrema, rectene an contra, & plene an ieiune, aliorum esto iudicium. Mirum vero in tot veterum ac nouorum librorum excusionibus, nullum huic negotio parem editum... [siguen expresiones cuya transcripción omitimos aquí porque ya las hemos utilizado en una referencia anterior]: Equidem tale quidpiam diligenter diuque quaesitum, nusquam hactenus inveni. Res est operosa adeoque lubrica syllabarum quantitas, ac proinde a paucis, idque suspensa manu tractata, a plerisque etiam in totum praetermissa. Quo minus industria nostra erit exagitanda, etiam si studiosorum voto non respondeat: inis vt laude omnino indigna censeatur, et ueniam saltem, quae *πρωτοπείρω* concedi solet, suo iure merebitur.

No necesitaremos glosar muy detenidamente el vocablo griego *πρωτόπειρος* (que acaso pudiéramos traducir por *primum experiens*, en latín, y en nuestro romance por *iniciador* o *inventor*, pero sin discutir palabras nada dudosas, resultará manifiesta la idea de la misión que el helenista Vergara cree cumplir, y parece que de hecho cumple con su texto de gra-

mática griega a que venimos refiriéndonos. Pero recojamos de todas las indicaciones precedentes las obligadas y lógicas consecuencias. Inicia Vergara su labor docente el año 1521, y diez y seis años después de esa fecha, puede dar a las prensas de Eguía la primera gramática griega publicada en España y escrita, como era corriente en la época, en la lengua de la ciencia entonces, en latín. Tres quinquenios no son un plazo insignificante en la efímera existencia humana, para poner a prueba una voluntad y una abnegada conducta profesional. No nos preguntemos con cuántas dificultades lucharía Vergara para enseñar los rudimentos de la lengua griega hasta que pudo publicar su *De omnibus Graecae Linguae Grammaticae partibus* en 1537, disponiendo casi exclusivamente hasta entonces de su ya citado *Alfabeto*, de su *Graecorum characterum. . . explicatio*, pero adviértase que no sólo por los intrínsecos méritos a que haremos ulteriormente sumaria referencia, sino incluso por la madurez profesional y didáctica que la primera de esas dos producciones acredita, su autor merece los más encomiásticos juicios de un docto tan autorizado como el insigne humanista de Rotterdam. Porque ya años antes de que el helenista Vergara publicase su mencionada *Gramática griega*, la admiración de Erasmo por nuestro toledano se reflejaba en doctos equívocos. El autor del *Moriae encomium*, entusiasmado con la carta redactada en griego que hubo de dirigirle Francisco y a la que hemos hecho referencia ya anteriormente, muestra esa epístola a sus amigos del Colegio Trilingüe de Lovaina para suscitar su emulación y dice que los humanistas de Alcalá merecen que la Universidad de Cisneros no se denomine *Complutum*, sino Πάμπλυτον. Hagamos una parte en ese encendido elogio a las tendencias generalmente hipérbolicas de los efectos más puros, mas siempre resultará que hasta con el obligado descuento, la apreciación indicada es bastante justa, a pesar de los pesimismos que por entonces reiteradamente exterioriza Vives. Y es que Erasmo se dio clara cuenta del exquisito valor humano de los Vergara, noble encarnación del espíritu de la Alcalá del Renacimiento. En la familia Vergara, Juan representa ese “espíritu complutense”, al lado del arzobispo Fonse-

ca; Francisco, nuestro humanista, es el joven profesional en cuya noble actuación pueden y deben cimentarse las mejores esperanzas del helenismo hispano, y Bernardino Tovar se destaca como incansable propagandista del “culto en espíritu”. A ese trío de nobles hermanos debemos adicionar una interesantísima figura femenil, la de la hermana de tales caballeros, Isabel; quien como otras damas de la época, siente la atracción de los primeros libros de Erasmo traducidos al castellano, y aprende el latín para no necesitar confiarse a las versiones al vulgar en el cultivo de sus aficiones “erasmistas”. El insigne hispanista Bataillon, que nos proporciona las indicaciones que acabamos de consignar, advierte también que aun en la ausencia de Juan, la vivienda de los Vergara es como una academia de humanismo evangélico, más libre que la propia Universidad Complutense y provista de hermosa biblioteca, para la que Tovar adquiere las novedades de la ciencia escrituraria, sin preocuparse excesivamente del origen de tales adquisiciones por lo que concierne al ambiente ideal en ellas reflejado. F. de Vergara depara un diáfano testimonio de su orientación *erasmista* en determinado sector de sus específicas labores profesionales. Sabido es que los discípulos de Erasmo sintieron especial atracción por una novela bizantina de aventuras, la *Historia etiópica* de Teógenes y Cariclea, que había sido escrita precisamente en griego. Los helenistas no tenían más referencias que las que pudieron recoger de las citas de tal narración esparcidas en las obras de A. Politianus. Pues bien, Vergara acometió la ardua empresa de traducir al castellano la susodicha novela de Heliodoro, en Alcalá de Henares, donde, sin duda, tendría que entregarse a las penosas tareas de la crítica de textos, pues era lamentable el estado en que se hallaba el de tal narración novelesca. Cónstanos que por el año (1545) en que murió Francisco, éste estaba en correspondencia con Peregrina, antiguo Secretario de Juan de Vergara, para intentar la colección de un excelente manuscrito de la Vaticana. También don Adolfo Bonilla en su interesante opúsculo titulado *Clarorum hispaniensium epistulae ineditae*, p. 63, publica una carta de Juan de Vergara a Augustus Steuchus Eugubinus, bibliotecario del

Vaticano. Aunque esta epístola no lleva fecha, ha podido ser datada en el año 1546; Juan habla en su referida carta de la muerte de su hermano Francisco, que falleció el 27 de diciembre del año 1545. Y Juan de Vergara se sintió en un principio atraído por la piadosa tarea de continuar y completar la labor inconclusa de Francisco, en la interpretación castellana de la susodicha novela de Heliodoro, llegando a solicitar incluso de la corte, por mediación de Zurita, el correspondiente privilegio de impresión. Esa previsorá conducta no sirvió para facilitar el referido designio, pues la falta de salud privó a Juan de las energías necesarias para sostener sus primeros impulsos de continuador de la versión incompleta de nuestro helenista. Esa traducción no terminada de Francisco fue, en definitiva, ofrecida al duque del Infantado, en cuya biblioteca permaneció inédita. Pero todavía debemos referirnos a otra muy interesante producción de nuestro humanista F. de Vergara, que entra en la esfera de la especialización profesional de dicho docto. Sabido es que Valdés claramente percibe la notoria filiación latina del español, aunque llevado de su extraordinaria afición al griego, llega a suponer que en la antigua España se habló antes la lengua griega que el idioma del Lacio. Otros erasmistas, como el citado autor del “Diálogo de la lengua”, aceptaron esa errónea creencia, y entre ellos podremos y deberemos citar al insigne helenista Vergara, autor de una lista de palabras y de expresiones graduadas de helénicas, sin atender a su *inmediata* filiación latina, yerro en el que han incidido recientemente algunos respetables autores, y que trató de rectificar el insigne maestro Cuervo, al reducir a precisos términos el vocabulario de origen inmediatamente griego del léxico castellano, en su autorizado *Diccionario de construcción y régimen*. Nuestro humanista, en el aludido registro, no siente, sin duda, la necesidad de observar los indicados reparos, e incluye tal lista de supuestos términos griegos al fin del rarísimo volumen que lleva el título *D. Basilii Magni conciones novem antehac nusquam excusae, nunc primum prodeunt in latinum sermonem translatae. Interprete Francisco Vergara*, Alcalá, 1544. No es ciertamente en el campo de la lingüística general e indo-

européa en el que podemos prometernos advertir más aciertos de F. de Vergara, pues la época en que este autor vive, no condiciona notorios progresos en una disciplina que no llega a alcanzar dignidad científica hasta el primer tercio del siglo XIX. Pero vemos que aun en el indicado respecto nuestro humanista no aventura siempre discutibles o precipitadas hipótesis, sino que sabe también mantenerse en el terreno de los más ecuanimes, razonables y discretos asertos. Desgraciadamente las excelentes dotes del insigne helenista Vergara no pudieron deparar todos los frutos de bendición que prometían. Nuestro autor murió joven, antes, sin duda, de poder terminar una buena parte de sus mejores y más sazonadas obras. No obstante esa dolorosa circunstancia, cabe y además importa precisar debidamente la posición doctrinal de nuestro humanista en el campo de la filología clásica del humanismo español. Para esa importante labor contamos con el inesperado hallazgo —en la Biblioteca Nacional de Colombia en Bogotá— de un curiosísimo ejemplar de la edición complutense de la *Gramática griega* de Vergara, minuciosamente descrito en nuestra citada monografía sobre “Francisco de Vergara y la pronunciación de la Z griega” (p. 21, n. 1). Tan venturoso hallazgo nos ha permitido comprobar la exactitud de nuestra rectificación del error notado en la “Bib. Hisp. Nova” de Nicolás Antonio, donde aparece la fecha equivocada 1573, en vez de la que conjeturamos en un principio y confirmamos ahora, de 1537, para esa primera edición complutense de la susodicha *Gramática griega*. [El tenor literal de esa capital referencia es el siguiente: Compluti apud Michaellem de Eguía, Anno // Domini. M.D.XXXVII]. Pero, además, el ejemplar de la primera edición de semejante texto nos consiente vislumbrar mejor la susodicha posición doctrinal y científica de su docto autor. Nuestro humanista se cree en el deber, al publicar su mencionada gramática, de dedicar esta obra al Rector y colegas claustrales del insigne Colegio de San Ildefonso, directores y gobernadores de la Escuela Complutense, y de explicar al lector el plan seguido en dicha producción y el método que debe adoptarse en los estudios de la lengua y de la literatura griegas. Tan razonables designios llevaron

al helenista Vergara a trazar dos epístolas que preceden al texto de sus instituciones gramaticales, con los siguientes rótulos:

FRANCISCVS VERGARA PERQVAM RE/uerendis ac
Magnificis viris D. Rectori et Collegis insignis / Collegii
diui Ildefonsi, Scholae Complutensis / Moderatoribus S.P.D.
[y] AD LECTOREM DE ORDINE OPE-/ris et de ratione
studii Graecanici.

Nuestro humanista cree que puede poner al amparo del Estudio Complutense sus instituciones gramaticales de la lengua griega, porque se reconoce y declara Miembro de dicha fundación de alta cultura, como alumno y maestro de la misma; constale, por tanto, que la protección dispensada por el mencionado Estudio a labores similares a la suya, le será personalmente otorgada con especial complacencia y eficacia. Y en este orden de razonamientos juzga oportuno recordar que la profesión de los estudios teológicos y filosóficos, con la total administración de la república literaria, impone el cultivo de las lenguas como el medio más adecuado de penetrar en los más profundos arcanos de las disciplinas científicas. (*Theologica certe philosophicaque professis vnà cum isto splendido administrandae reipub. literariae munere vos obstringunt ad linguarum studia promouenda, quibus utique penitiora disciplinarum arcana reserantur*). No necesitaremos advertir que el precedente aserto implica una clara concepción filológica más que lingüística de los tres idiomas sagrados: hebreo, griego y latín, y semejante orientación doctrinal ni puede, ni debe extrañarnos en el ambiente universitario y en la época en que vivió nuestro autor. Mas éste insiste en su indicado aserto (“... linguarum studia. . . quibus vtique penitiora disciplinarum arcana reserantur”), recordando la actuación y las previsiones para el futuro del mecenas de la Universidad Complutense, del insigne cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, quien dispuso que ese célebre Estudio propagara los conocimientos lingüísticos (en su orientación filológica principalmente, ya lo hemos dicho) por todo el ámbito de la patria española. Pero es que, además, el rector y colegas del famoso Colegio de San Ildefonso

supieron secundar los altos designios del mencionado príncipe de la Iglesia con la fundación reciente —en los momentos de ser trazada la citada epístola *per quam*— del Código dedicado a san Jerónimo para el estudio de las susodichas lenguas sagradas. Con tan autorizada y oportuna advocación del nombre del insigne escriturario y padre de la Iglesia, los novicios filólogos (*philoglossi* para Vergara) podrían consagrar sus mejores y sus más abnegados esfuerzos a la depuración de los textos sagrados contra los males difundidos por los ignorantes y los depravadores conscientes de dichas producciones. Y el mismo rector y colegas aludidos en la precedente referencia tuvieron buen cuidado de aumentar los honorarios de los preceptores de las lenguas sabias, testimoniando en esa forma la estimación concedida a los capitales estudios filológicos de los tres idiomas citados. Porque en la Universidad Complutense, según el propio Vergara afirma, los estudios de teología, de derecho canónico, de artes liberales y de medicina, tras inteligentes esfuerzos, habían llegado en un principio a alcanzar próspera situación, cada día después más dichosa y fructífera. No ocurría lo mismo en aquel Estudio con las enseñanzas de letras griegas por la época a que venimos refiriéndonos, y deseando los directores de la famosa Universidad que semejante deficiencia fuera pronto obvia, requirieron con gran insistencia la cooperación de nuestro humanista Vergara. En Alcalá habrían ya sido publicadas excelentes gramáticas de la lengua latina y de la lengua hebraica, cuando no se había logrado obtener tan venturosos resultados respecto al idioma griego. Era, pues, de esperar que esa laguna fuese muy pronto colmada por nuestro helenista, quien al principio se mostró reacio a acceder a tan honrosos requerimientos, a los que al fin hubo, como es natural, de someterse, tras inútil, aunque explicable resistencia. El humanista F. de Vergara, en su ingenua modestia, no se creía plenamente capacitado para llevar a cabo la magna empresa indicada, pero acatando las reiteradas instancias de sus jefes y colegas, acometió la publicación de la *Gramática griega* a que venimos refiriéndonos, teniendo que luchar con sus propias personales flaquezas, con los apremios del tiempo en que hubo

de llevar a término semejante labor y con la malevolencia de algunos insidiosos preceptores. Da por bien empleados todos esos sinsabores y todas esas molestias y fatigas, si logra merecer la aprobación de su jefe y colegas universitarios, con cuyo sufragio confía en que la susodicha obra de *Gramática griega* podrá llegar a la posteridad y en ella perdurar. Pero no nos hagamos ilusiones: nuestro humanista no puede prescindir de lanzar algunos certeros golpes a sus adversarios, en quienes ve manifiestos “zánganos de colmena”, dispuestos a censurar lo que son incapaces de hacer. No desconoce, sin embargo, que en sus escritos sean perceptibles yerros que merezcan y hasta demanden oportuna corrección, pero se declara compatible con los aristarcos, no con los Zoilos de nuevo cuño. Y a aquellos que podrían objetarle la necesidad de ciertas adiciones y de ciertas supresiones, o la inconveniencia de algunos cambios en el orden tradicional, cree que podría también, a su vez, reargüir con toda eficiencia dialéctica, solicitándoles que sometieran a una inspección detenida y minuciosa la producción criticada. En ese razonable supuesto, acaso pudiera ocurrir que lo aparentemente omitido estuviera tan sólo desplazado, o referido al lugar más conveniente, ya que es muy recomendable no enervar el valor general de los preceptos, implicando su enunciación con la de las excepciones de los mismos, que en ocasiones es necesaria la explicación circunstanciada, en términos triviales y *crassa Minerva* publicados y formulados, para facilitar la comprensión de los menos diestros y menos capaces; que podría ser legítima —incluso a todas luces y no pocas veces— la discrepancia de los hábitos prestablecidos y de la tradicional ordenación de los tratados doctrinales; y, en suma, que no holgará advertir si los precursores del criticado erraron más o menos que él, en la misma o en semejante materia. Mas si aun teniendo en cuenta todas las discretas salvedades que acabamos de registrar, fueran muchas las fallas de la labor criticada, nuestro helenista estaría autorizado a ampararse en el influjo de los prestigios de su rector y colegas, quienes habían, en cierto modo, coaccionado la voluntad —al principio reacia— de Vergara, para acometer tan descomunal empresa como la

que sus instituciones de gramática griega representan. Y en el supuesto de que no bastase esa apelación de Aristarco al claustro de la Complutense, nuestro humanista podría invocar el testimonio del Venosino, quien pudo decir, para explicar los yerros casi inevitables de las obras de larga extensión: "Quandoque bonus dormitat Homerus" y "Verum opere in longo fas est obrepere somnum". Pero si todavía la última autoridad invocada no bastase, Vergara acudiría al testimonio del bilbilitano Marcial, que confesó a un cierto Avito, censor de sus epigramas: "Hay buenos epigramas, algunos mediocres y muchos malos entre los que aquí lees, pero advierte, Avito, que no se hace de otra manera libro alguno".

Debo hacer constar que el helenista Vergara es acreedor a mayores y más fructuosos desvelos que los que ha podido dedicarle el humilde autor de estas líneas. Y su "caso" se repite con las figuras de primera magnitud del humanismo español: Nebrija, el Pinciano, el Brocense, Vives, etcétera. Es de esperar y de presumir que esas labores complementarias y de obligada superación de las precedentes sean realizadas en un futuro más o menos próximo al trágico presente que vivimos en la actualidad. Mas esa verosímil y débil esperanza no puede ni debe bastarnos ya. El estudio profundo, sistemático y plenamente fructífero del humanismo español, no puede quedar abandonado a las contingencias del gusto individual anárquico e insolidario, o a las veleidades de la moda imperante en los cenáculos de los intelectuales más connotados. Debemos y necesitaremos convencernos de que en el sector de referencia enfrentamos materias no sólo fundamentales para nuestra formación profesional, sino incluso y acaso preferentemente aún para nuestra formación sólidamente humana. El "hombre" ha de poner sus mejores esencias humanas en la profesión que abnegada y eficazmente ejerza, y el "profesional" no olvidará nunca el soporte humano esencial, radical de su especialización técnica o científica. Pocas disciplinas permiten formar y mantener la inescindible síntesis del "hombre" con el "profesional" como las disciplinas calificadamente humanísticas. Y en lo que especialmente concierne a los estudios del humanismo español,

“botones de muestra” ofrecidos en estas dispersas “notas” bastarán para encarecer la trascendencia de semejantes labores. Labores ya iniciadas, y hasta en algunos casos de su amplio campo de acción relativamente avanzadas, que de un modo inexcusable demandan continuación y término perentorio. Pues si es así... “manos a la obra”. Pero tengamos en cuenta, para realizar esa vital empresa, dos condiciones esenciales. Se trata de hacer una obra esencialmente solidaria, que requiere el esfuerzo y la cooperación de todos los estudiosos capaces, entusiastas y bien intencionados, y se trata, además, de un capital empeño al que hay que entregar *todas* nuestras energías disponibles, pues hay siempre el razonable temor de que nunca serán bastantes las que pudieran parecer más considerables. Nuestra sección de letras clásicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM tiene la palabra y la iniciativa para colmar los “deseos” de los que piensan con el oscuro autor de estas líneas, quien tiene ya que lamentar que, por su avanzada edad y sus naturales achaques, podrá ofrecer y prestar escasa colaboración a los objetivos propuestos. No se cree, sin embargo, el susodicho excusado de ofrecer la humildísima contribución de su personal larga experiencia, que confiado espera sirva acaso de algo a las nuevas generaciones. Así sea. Muy agradecido a la paciencia de quienes hayan oído esta larga disertación. He dicho.

